



XXV

ESTA relación de mi amigo hizo en mí el efecto del primer rayo de sol en un valle sumido aún en la vaga claridad del crepúsculo: ilumináanse repentinamente los objetos, delinéanse los contornos, y márcanse las relaciones de distancia y de fin que tiene cada cosa.

Así todos aquellos enredos y todos aquellos heterogéneos personajes, que existían en mi mente vagos é indecisos desde que Boy me los dió á conocer en nuestra primera conversación del funesto lunes de carnaval, se iluminaron de repente y surgieron vivos y contorneados, cada cual en su papel, repugnantes ó terribles, con la viveza y el colorido con que se representaba en mi imaginación el cadáver de Joaquinito López, asesinado en su trastienda, tendido en un charco de sangre y cubierto,

como contraste horrible, con un abigarrado traje de máscara.

Hábame fijado mucho en un detalle á que Boy no pareció dar gran importancia, y cuando con mucha mesura y sosiego acabó de hablar, llaméle la atención de este modo:

—Has dicho que la Duquesa de Yecla firmaba todos los recibos del dinero tuyo que le entregaba Bermúdez... ¿Sabes qué se ha hecho de estos recibos?...

—Estos recibos—replicó él,—que ascienden á cerca de dos millones de reales, me los ha entregado Bermúdez con otros varios documentos y el acta notarial en que constan sus declaraciones.

—Pues entonces—exclamé yo triunfante,—tienes ya cogida á tu madrastra, y en el momento que quieras puedes obligarla á devolver ese dinero.

Boy movió lentamente la cabeza y me contestó con energía:

—¡Ese dinero no puede reclamarse nunca!... Porque para ello sería necesario acusar de ladrona á *la mujer de mi padre*, y jamás haré yo eso...

—Pero á lo menos—insistí yo,—cuando falte tu padre...

—Cuando falte mi padre, siempre será ella *la viuda de mi padre y la madre de mis hermanos*, y nunca les daré yo á esas pobres criaturas pesadumbre semejante... ¡Pobrecillos!... ¡Harta desgracia tienen con ser hijos de tal madre!... Lo único que yo haré, ó mejor dicho, que harás tú en mi nombre, es reclamar sencillamente mi legítima cuando llegue el 23 de Septiembre... Lo demás, que se lo lleve el diablo ó Rita Bollullo, que vienen á ser cantidades equivalentes... No digo por dos millones, pero ni por todo el oro del mundo doy yo un nuevo disgusto á mi padre, ni imprimo una nota deshonrosa sobre mis inocentes hermanos.

—Pero—insistí yo todavía—puede hacer falta ese dinero, que no es una cantidad despreciable.

—Á mí me basta y me sobra con mi legítima—replicó Boy con creciente firmeza.

—Me ha dicho Bermúdez que se conserva intacta, mejoradas todas sus fincas por mi padre, que durante su administración empleaba en hermosearlas el total de la renta que producían... Y más tarde, cuando el pobre señor lo abandonó todo en manos de Bermúdez y de Rita Bollullo, no tuvie-

ron éstos tiempo ni ocasión de hincarles el diente.

Admiré los nobles propósitos de Boy, sin decirle una palabra de elogio, temeroso de que tirase por los cerros de Úbeda, como solía en estos casos, y no me quisiese oír lo que estaba ansiando decirle.

Porque aquella sencilla alegría de Boy, tan honda y tan simpática, al saber que no le aborrecía su padre, parecióme tan noble, tan sana y tan apta para fortalecer y ensanchar su corazón, que quise fomentarla probándole que no sólo no le aborrecía su padre, sino que ansiaba por verle, bendecirle y perdonarle...

Referíle, pues, sin omitir detalle bueno ni malo, mi visita al *Majuelo de Yecla*, en compañía de la Condesa de Astures; mi entrevista con su padre, y la que tuvo al mismo tiempo mi tía con la Duquesa.

Escuchábame Boy ansioso, con el alma en los ojos, apretando fuertemente el brazo mío en que se apoyaba y murmurando á veces sin dejar de andar:

—¡Cuánto te lo agradezco, Burundilla; cuánto te lo agradezco!... ¡Qué bueno eres, Burundín!... ¡Cómo me quieres!...

Otras veces decía con gran ternura, pero sin interrumpirme nunca:

—¡Pobre padre mío, pobre!... ¡Si yo hubiera tenido más paciencia y más tacto, le hubiese ahorrado todo esto!...

Y ¡cosa rara, que prueba la noble condición de Boy!..., ni una sola inectiva, ni la menor palabra de resentimiento se le escapó en contra de Rita Bollullo, autora y responsable de todos aquellos enredos.

Frente al Botánico sentóse Boy, como fatigado, en uno de aquellos asientos de piedra, y me dijo:

—Y ¿qué crees tú que debo hacer ahora?... Porque yo quiero escribir á mi padre cuanto antes... Tú me dirás el medio de que llegué á sus manos la carta.

—Espera un poco—le contesté.—Espera á llegar al término de tu viaje y á que sepas lo que va á ser de ti... Entonces le escribes una carta muy pensada, ó mejor, muy sentida; en fin, como tú sabrás escribirla... Esta carta me la envías á mí, y yo la haré llegar á tu padre por medio de Boni, que es conducto seguro.

—Es verdad... Tienes razón, y así lo haré todo.

Subimos lentamente por la calle de Al-

calá, comentando todas estas cosas con gran mesura, pero sin que, con gran extrañeza mía, aludiese Boy para nada ni pareciera haberse fijado en la intervención de la Condesa de Astures en aquellos asuntos.

Al pasar por la antigua chocolatería de Doña Mariquita, que estaba entonces donde creo que existe hoy todavía, antojósele á Boy tomar chocolate; porque tenía hambre, según dijo, era ya muy tarde y había comido poco.

Y debía de ser verdad, porque con excelente apetito se engulló una enorme jícara de chocolate y dos grandes bizcochos de los que llamaban entonces *mojicones*. Entre bizcocho y bizcocho hizo una pausa, y preguntóme con estudiada indiferencia:

—Y ¿sabes tú lo que ha movido á la de Astures á tomar tan á pechos mi defensa?...

—Creo que la habrá movido lo que la mueve á ella siempre en todas sus cosas: hacer bien por amor de Dios y del prójimo... Quizá en esto haya entrado también algo del mucho cariño que me tiene á mí, y de las simpatías que tú hayas podido inspirarle...

—¡No pueden ser muchas en justicia!—

dijo Boy amargamente.—¡Si tú supieras!...

Harto más sabía yo y sabe el lector que Boy mismo; pero como tocaba el asunto tan de cerca á la *Era antigua* de éste, apresuréme á dar otro giro á la conversación, refiriéndole, para remachar el clavo, la visita que la Condesa de Astures debía haber hecho ya al contraalmirante Deza, y la espontaneidad y eficacia con que se había ofrecido á quedarse ella misma hecha cargo del asunto, durante mi ausencia, encargándome á mí que no me cuidase de nada más que de acompañarle á él, y no abandonarle hasta que le dejase en salvo y completamente tranquilo: sobre todo, había insistido mucho ella en lo de *completamente tranquilo*.

Escuchábame Boy como avergonzado, fijos los ojos en el mármol de la mesa, y con honda sinceridad dijo al cabo, respondiendo á su pensamiento:

—¡Y luego dirán que ya no andan santos por la tierra!

Las dos daban en el reloj de la Puerta del Sol cuando llegamos al hotel en que nos hospedábamos. Detúvose Boy en el umbral para encender un cigarro: la noche estaba apacible y serena: véanse es-

casos transeuntes en todo lo que divisábamos de la Puerta del sol y de la calle Mayor por el otro lado: sólo una pareja estafalaria, de esas que se encuentran en Madrid á las altas horas de la noche, un señor gordo y una mujer chica y regordeta, dialogaban vivamente en la acera de enfrente, delante del palacio de Oñate.

—¡Qué bien voy á dormir hoy después de tantas satisfacciones!—dijo Boy con un suspiro de bienestar sosegado y tranquilo.—Lo único que puede turbarme el sueño es el recuerdo de ese pobre Bermúdez... Si vieras qué horrible estaba, lívido y desencajado, cuando me dijo con voz que parecía un aviso del otro mundo: «Y ¿qué he sacado yo de todo esto, Sr. Conde?... ¡Los remordimientos que me agobian por haber perdido á Vucencia, y la angustia de dejar á mis hijos en la miseria!... Porque estoy cierto de que la Sra. Duquesa no hará por ellos nada, nada...»

—Y tú, ¿qué le dijiste?...

—Pues ¿qué le había de decir, majadero?... Que yo le perdonaba de todo corazón, como en efecto le perdono, y que me haría cargo de sus hijos, como lo haré, Dios mediante.

—Pero ¿has pensado bien lo que es hacerse cargo de nueve niños?...

—Aun cuando fueran los sesenta mil que parió aquella reina india Soumati dentro de una calabaza, hubiera hecho lo mismo... ¿Sabes tú lo que es la angustia de un padre moribundo ansiando por sus hijos?... ¿Para qué soy yo Grande y rico, sino para hacer el papel de Providencia en estos casos?...

Tentóme entonces el diablo, y sucumbí sin gran violencia.

Conmovido por la generosidad de Boy, y sobre todo por la sencilla espontaneidad con que nacía y se arraigaba en su corazón todo lo grande y lo noble, como la cosa más natural del mundo, no pude menos de repetirle las mismas palabras que había aplicado él, un momento antes, á la Condesa de Astures:

—¡Y luego dirán que no andan santos por la tierra!...

En el acto vi alzarse sobre mí el formidable puño de Boy... Hurté el cuerpo huyendo hacia la calle Mayor: corrió Boy tras de mí; mas encontróse una piedra ó un madero, ó no sé qué proyectil, y me lo tiró por lo bajo con tal violencia y tan mala for-

tuna, que fué á dar entre las piernas de la pareja estrafalaria que dialogaba ante el palacio de Oñate...

Lanzóse el señor gordo hacia donde estaba Boy, y vile á lo lejos gesticular furibundo... Boy gesticulaba también con la misma furia... De repente el caballero gordo dió un paso atrás, sacó una cartera y tendió con ademán trágico á Boy una tarjeta.

Tomóla éste, y con la misma solemnidad sacó también su cartera, dióle al gordo otra tarjeta y separáronse ambos, fieros y arrogantes, como si dijese el uno:

«¡Ay de ti si al Carpio voy!...»,

y respondiese el otro:

«¡Ay de ti si al Carpio vienes!...»

Volví presuroso al hotel renegando del *lancecito de honor* que se nos ponía de por medio, y de la imprudencia de Boy al entregar una tarjeta suya á un desconocido. Encontréle subiendo tranquilamente la escalera.

—¡Pero hombre!—le grité.—¿Cómo te

has atrevido á dar tu tarjeta á un hombre que no conoces?...

—Yo no he dado á nadie mi tarjeta—me contestó.

—¿Cómo que no?... ¡Si yo lo he visto!...

—Mira, Burundín—me dijo con mucho reposo,—eres más tonto que los calabacines que nacieron de aquella reina india... Lo que has visto es que un señor gordo me pedía mi tarjeta para enviarme sus padrinos; pero como yo no tengo tarjetas mías, porque no las he traído, ni aquí me las he mandado hacer, le dí una de un escribano que casualmente llevaba en la cartera...

Fué tal el flujo de risa que me acometió al imaginarme la cómica escena á que debía dar lugar aquella diablura de Boy, que rompí á reir á carcajadas. Boy añadió muy serio:

—El pobre escribano me dió ayer su tarjeta en casa del notario, suplicándome que le proporcionara negocios... Ahí lleva uno... Y no creas que es de un cualquiera: es de un Capitán de Carabineros retirado...

—¡Y tú eres un chiquillo sin retirar!— exclamé riendo.—¡Chiquillo serás hasta el fin de tu vida!...



XXVI

PEGÁRONSEME á la otra mañana las sábanas, como suele decirse, y á las doce del día aun no había dado yo cuenta de mi persona. Despertóme á esta hora un tremendo azotazo y la sonora voz de Boy, que me gritaba:

—¡Arriba, perezoso!... ¡Que se va el tren, y esta noche nos marchamos!...

Venía de la calle muy alegre y satisfecho, al parecer, y traía en la mano una gran cartera de papeles.

—¿Que nos vamos?—dije yo entre sueños.—¿Y adónde nos vamos?...

—Á Zumarripa.

—¿Y dónde está eso?...

—En las Batuecas, tu patria... Lindando casi con la China.

—¿Y á qué vamos allí?...

—Á llevar una carta.

Creí todo aquello una broma de Boy, y volviéndome del otro lado, le dije:

—Pues si llegas á Pekín, dale de mi parte al Emperador un recadito.

Sentóse entonces Boy en mi misma cama; sacó de la cartera un gran cartapacio, y dándome otro tremendo azotazo para llamar mi atención, dijo poniéndome la carta sobre las narices:

—¡Mira, mentecato..., mira!

Abrí los ojos medio adormilados y leí en efecto:

«Señor D. Tomás Azteazu, Cura párroco de Zumarripa.—Guipúzcoa.»

Esta última palabra me despabiló del todo y me hizo sentar en la cama de un salto; porque recordaba haber leído en los periódicos que esta parte de Guipúzcoa era el centro donde se levantaban las partidas carlistas, y la sospecha que cruzó mi mente la víspera, tomó al punto visos de certidumbre.

—De modo—exclamé,—que te vas al fin con los carlistas.

—Sí—replicó con sencillez Boy.—Nada te he dicho antes, y he guardado este misterio porque había dado mi palabra de honor

de no decir nada, ni aun á ti mismo, hasta estar todo hecho.

Sentí un gran desconsuelo en el fondo del alma, y perplejo y mal impresionado, di vueltas al cartapacio, en cuyo sello parecióme reconocer la corona y las iniciales del viejecillo que tomé yo por un polizonte...

Mirábame Boy con sonrisa forzada, como solicitando mi respuesta; mas yo no le dí ninguna y salíle por un registro que él no se esperaba.

—¿Y qué dirá á eso la reina D.^a Isabel II?—dije.

—Soy yo poca cosa para que la Reina se ocupe de mi persona—respondió Boy.—Pero aunque así fuese, nada podría echarme en cara.

—Vas á pelear en favor de D. Carlos...

—¡No!—replicó Boy vivamente...—No voy á pelear en favor de nadie... Voy á pelear, á la sombra de una bandera que me es simpática, *contra* esa gentecilla ruin que se ha apoderado de España y la desangra como una plaga de asquerosas pulgas á un león enfermo... El día que las sacudamos y D.^a Isabel reclame sus derechos, me tendrá á su lado como juré la primera vez que me

ciñeron mi espada... Así hizo mi padre, en otros tiempos, y así nos corresponde á los Grandes que no debemos seguir á un partido, ni á un Ministro, ni á un Gobierno, y mucho menos á un cacique, sino sólo á nuestras ideas y á nuestra conciencia y al Rey en persona, que es nuestra cabeza.

Hizo Boy una pausa como esperando que yo aprobase su plan; mas nada le dije ni en pro ni en contra, limitándome á preguntar sencillamente:

—¿Y vas á mandar alguna partida?...

—No—respondió él:—las partidas no están organizadas todavía... Por el pronto voy á tomar el mando de un vaporcito que hará la travesía de Inglaterra á esos puertos escondidos del Cantábrico, para traer las armas y pertrechos que allí se han comprado... El vapor llegará á Zumarripa del martes al miércoles, para zarpar de seguida para Liverpool con carga fingida; de modo que no puedo perder tiempo si he de estar allí para ese día... Saliendo de aquí esta noche, mañana llegamos á San Sebastián, y pasado puedo estar á mediodía en Zumarripa.

Creía mi desconsuelo á medida que la certidumbre del caso se afirmaba. Boy lo

notó, y lejos de burlarse y apelar á *Julieta y Romeo*, esforzóse por distraerme y alegrarme con sus chistes y salidas, parodiando la *Canción del Pirata*, sin respeto ninguno á los manes de Espronceda.

—¡Ya verás!... ¡Ya verás!...—me decía,—cuando salga yo de Zumarripa en mi barco!

«Con diez cañones por banda,
Viento en popa á toda vela,
No corta el mar, sino vuela
Un velero *Burundín*:
Bajel pirata que llaman,
Por su bravura, *El Temido*,
En todo mar conocido
Del uno al otro confin.

La luna en el mar riela,
En la lona gime el viento,
Y alza en blando movimiento,
Olas de plata y azul.
Y ve el capitán *Vanloo*,
Cantando alegre en la popa,
Asia á un lado, al otro Europa,
Y allá enfrente Stambul.

Navega, *Burunda* mío,
Sin temor...

.....
¡Sentenciado estoy á muerte!

Yo me río:
No me abandone la suerte,
Y á la *Bollullo*, sin pena,

Colgaré de alguna antena
Quizá en su propio navío.

Y si caigo,
¿Qué es la vida?
Por perdida
Ya la di
Cuando el yugo
Del esclavo
Con Burunda
Sacudí...»

Refáme yo sin querer; pero no más animado, preguntéle entonces:

—¿Y dónde está ese Zumarripa ó Zuma... diablos?...

—Á dos leguas de San Sebastián, por la costa; pero hay también un camino interior muy bueno por donde se puede llegar, en coche ó á caballo, en tres horas escasas... Y si quieres venir conmigo, puedes acompañarme á San Sebastián y seguiremos luego por la carretera de Zumárraga hasta donde se bifurca el camino para Zumarripa... Allí nos despediremos.

Comprendí que este era el deseo de Boy, y que traía ya el plan muy previsto y reflexionado; con cariñosa conformidad, le dije entonces:

—Pues ¿no he de querer acompañarte,

hombre?... Iré hasta donde tú quieras...

—Mi mansedumbre pareció impresionar á Boy, y para disimularlo dijo vivamente:

—Todo lo tengo ya listo y no me queda más que despedirme de Bermúdez, hasta la eternidad probablemente... Aquí tienes los papeles que te dejo en depósito, añadió desparramando sobre mi cama, sin levantarse de ella, los que traía en la cartera.

—Esto—dijo cogiendo un pliego abultado—es mi testamento.

Aquella palabra *testamento*, correlativa siempre de *muerte*, me hizo un efecto horrible y revivió mis siniestros temores. Debí ponerme rojo primero y pálido después, porque sentí en la cara calor y frío sucesivamente, y por un movimiento espontáneo de extraña ira, de cariño inmenso y de alarma suprema, abalancéme á Boy, sentado en la cama como yo estaba, y sacudíle violentamente por las solapas, gritando:

—¡Trapalón!... ¡Embustero!... ¿Por qué me engañas?... ¡Adonde tú vas es á buscar una bala que te mate y te saque de líos!...

Miróme Boy un instante asustado, y debió calar hasta el fondo de mi pensamiento

y comprenderlo y estimarlo, porque, contra su costumbre, tomó en serio mi violencia... Desprendióse de mis manos de un golpe, y de pie junto á mi cama, dijo enérgicamente, con la mano sobre el pecho:

—Te doy mi palabra de honor de que nunca he pensado ni jamás pensaré en pegarme un tiro.

Y dejando escapar una enérgica palabrota, exclamó luego con ira, sentándose en su cama, que estaba enfrente:

—¿Qué te has pensado tú?... ¿Crees acaso que no soy yo cristiano?...

Tenía yo tal fe en la palabra de Boy, que una absoluta tranquilidad, triste, pero confiada, me invadió de repente.

Dió éste dos ó tres paseos por el cuarto, como para calmarse, y agitado todavía, me dijo al cabo:

—Recoge esos papeles y guárdalos; pero examínalos antes... Lo mejor será que los dejes á tu administrador Crespo... ¿Para qué hemos de llevar á San Sebastián ese estorbo?... Yo voy ahora á despedirme de Bermúdez antes de almorzar.

No bien salió Boy púseme á examinar los papeles, como me había dicho: venían todos perfectamente legalizados y clasifi-

cados en distintos sobres, con un gran rótulo cada uno, que expresaba las materias de que trataban.

Entonces comprendí la laboriosa actividad de Boy en aquellos dos días, y pude explicarme sus largas ausencias y con cuánta utilidad había empleado su tiempo.

Estaban allí, además del testamento, las declaraciones legalizadas de Bermúdez, los peligrosos recibos firmados por la Duquesa de Yecla, algunas arriesgadas cartas de ésta, y una copia del poder ilimitado que Boy me otorgaba y que había de firmar él en cuanto cumplierse la mayor edad el 23 de Septiembre.

Todos estos documentos venían en sobres separados, pero abiertos; ninguno leí, sin embargo; cerrélos todos cuidadosamente, volví á colocarlos en la cartera y eché la llave de ésta.

Levantéme en el acto y mandé á Celestín preparar las maletas y encargar en la estación del Norte un coche reservado para San Sebastián, en el expreso de aquella noche. El peligro, lejos de disminuir, había aumentado, porque si antes tenía que ocultarse Boy como prófugo, ahora tenía que hacerlo como conspirador y fugitivo.

Quería yo, además, pasar á solas con Boy estas últimas horas de aquel viaje, para poder charlar libremente sin testigos ni molestias.

En la estación encontramos al viejecillo de los movimientos ratoniles y el lente de oro, que venía á despedir á Boy. Iba de trapillo, embozado en una capa y con un sombrero hongo, como recatándose de ser conocido.

Recibióle Boy en su papel de Paulino Vanloo, Ingeniero jefe del Canal de Otranto, hablándole siempre en francés é imitando á la perfección el acento extranjero.

Al despedirse llegóse á mí y me tendió la mano, dándome su verdadero nombre de Conde de Z***; díjome que había conocido mucho á mi padre, y presentóme mil excusas por la ridícula escena de la víspera.

—Usted desconfió de mí, y yo desconfié de usted, y estuvimos jugando tontamente á la gallina ciega... Yo espero—añadió dándome un apretón de manos—que no volverá esto á suceder nunca, pues ya sabe usted que soy su amigo de abolengo.

Al verle marchar dijo Boy, aludiendo á su noble porte y á su exterior miserable:

—¡Qué hombre éste!... Dan ganas de dar-

le una limosna con el sombrero en la mano...

El viaje, contra lo que yo esperaba, fué triste y silencioso, y dormimos ó fingimos dormir, mucho más que hablamos. Boy parecía otro; mirábame á veces en silencio, sonriendo con cariñosa ternura, y lejos de complacerse en impacientarme, según su costumbre, tenía para mí atenciones y mimos, impropios suyos, como con un niño pequeño.

En San Sebastián tomó Boy las riendas del gobierno. Esperábanos en la estación un hombre ya de edad, vascongado legítimo, alto, fornido, de cara afeitada, con gafas verdes.

Llamóle Boy Miguel José, como si le conociese, y díjome que era un antiguo carlista de la pasada guerra, que jamás quiso adherirse al Convenio, y tenía entonces en San Sebastián una fonda llamada *El Parador Real*, y más vulgarmente *Chacur-zulo*, esto es, Agujero del Perro.

Acogiónos Miguel José con tosca cordialidad, que me fué muy simpática, y nos condujo á *Chacur-zulo*, que estaba en la Plaza Vieja, en una gran casa cuya planta baja ocupaba entonces el Despacho del Ferrocarril del Norte. Instalónos en dos

habitaciones contiguas, sencillamente adornadas, pero en extremo limpias, y encerróse él en su despacho con Boy, donde hablaron largo rato.

Díjome después Boy que Miguel José era el alma del levantamiento que se disponía en Guipúzcoa, y que estaba en connivencia con el Conde de Z*** y el Cura de Zumarripa.

Éste había avisado aquel mismo día que el vapor *Notre-Dame de Fourbière* había llegado y sólo esperaba el embarque de su *Capitán Vanloo* para zarpar con rumbo á Liverpool; era, pues, preciso partir al otro día muy temprano, y ya Miguel José se ocupaba en disponer el viaje y buscar los caballos.

Á las seis de la mañana salió de *Chacur-zulo* Santiago, el hijo mayor de Miguel José, llevando á Zumarripa, en una especie de tartanilla, el exiguo equipaje de Boy. Quise yo equiparle bien en San Sebastián; pero él prefirió hacerlo de allí á poco en Liverpool, donde encontraría, sin duda, mayores conveniencias.

Una hora después montamos Boy y yo, en el portal de *Chacur-zulo*, en dos cabañeros de poderoso aguante y no mala es-

tampa, que nos había proporcionado Miguel José.

Íbamos sin armas ni equipaje alguno, como quien va de paseo ó á visitar algún caserío próximo, y para mayor disimulo salimos por el Arenal del Antiguo y tomamos luego la carretera de Lasarte.

No era el San Sebastián de aquel tiempo la preciosa ciudad que se recrea hoy mirándose en su *Concha*, como goza y se extasia una coqueta mirándose en su espejo; sólo alguna que otra fábrica y algunos modestos caseríos poblaban entonces sus contornos, y bien pronto nos encontramos en la plena soledad de la montaña.

La mañana estaba fresca y deshaciase ya una ligera niebla que se agarraba á los árboles, y pendía entre sus ramas como los jirones de un traje de gasa.

Después de algunas bromas de Boy sobre nuestras ridículas fachas de *jinetes alquilones*, habíamos quedado los dos tristes y silenciosos, y caminábamos uno al lado del otro, sumido cada cual en sus propios pensamientos.

Los míos no podían ser más desconsoladores, y me llenaron más de una vez los ojos de lágrimas.

Consideraba yo el naufragio espantoso de aquella simpática criatura que caminaba á mi lado, dotada por Dios de los más altos dones de naturaleza y de fortuna, y obligada entonces, para salvar la honra de una mujer casquivana, á sepultarse en un barco como en un ataúd, y á correr por tiempo indefinido todos los peligros del mar y de la guerra...

—Y ¿merece semejante sacrificio esa mujer insustancial y ligera?—preguntábame yo con amargura.

Tentado estuve entonces de contar á Boy mi entrevista con ella, y las dudas y egoístas veleidades que observé en su conducta... Mas detúveme respetuoso ante la heroica discreción de Boy.

La mujer podía no merecer tamaño sacrificio, pero imponíase y era obligatorio en el honor y la dignidad de todo buen caballero, y éralo Boy por completo.

En ciertas peligrosas esferas hay situaciones que no dan lugar á un término medio, hay que ser un héroe ó un canalla; y la de mi amigo era una de éstas.

Estos eran mis pensamientos; no sé cuáles serían los de Boy.

Noté, sin embargo, que me miraba con fre-

cuencia á hurtadillas con cariñosa tristeza, y rompía á veces el silencio con preguntas insignificantes y nimios encargos, que más revelaban el deseo de demostrarme su afecto, que la necesidad de hacer las preguntas ni de encomendar los encargos.

Llegamos al cruce donde se bifurcaban las carreteras; en el centro levantábase un gran poste de hierro, con dos brazos horizontales que señalaban la derecha y la izquierda. En aquel, que marcaba el camino que habíamos traído, leíase: *Á San Sebastián, 15 kilómetros*. En el otro, que indicaba el camino que había de seguir Boy, decía: *Á Zumarripa, 17 kilómetros*.

Al llegar al poste, paré el caballo haciendo ademán de apearme. Detúvome Boy vivamente.

—¿Adónde vas?—me dijo.—¿Qué prisa tienes?...

—Como me dijiste que aquí nos despediríamos...

—No importa... Sigue un poco más... Acompañame hasta allí—añadió indicando con el dedo un recodo no lejano que formaba el camino que había él de seguir.

Todo este breve trayecto lo empleamos en pedirme Boy con gran encarecimiento

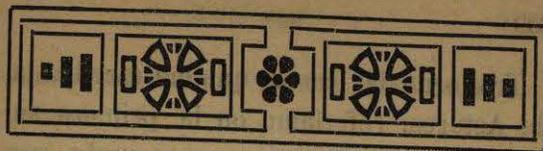
que le escribiese, y en prometerle yo que así lo haría... Al dar la vuelta al recodo, apeéme mordiéndome los labios para no dar rienda suelta á mi afición, y dije con apariencia bastante serena:

—Vaya... Adiós, Boy.

—Adiós, chico—respondió él tendiéndome la mano desde el caballo.

Y volviendo grupas prontamente, prosiguió su camino... Mas no bien hubo andado seis pasos, volvióse otra vez con rapidez suma... Saltó del caballo, dejándolo abandonado, y corrió hacia mí con grande ímpetu, y se abrazó conmigo, pegando su rostro con el mío... Sentí la cara mojada, y cuando me soltó Boy tenía la suya llena de lágrimas... Entonces, con su voz natural, pero en su misma naturalidad desgarradora, como es siempre el dolor en los hombres fuertes, me dijo:

—¡Vaya, hombre, ya estarás contento!... ¡Me has visto llorar!... ¡Tuya es la gloria!... ¡Ahora sí que somos Julieta y Romeo!...



XXVII

DETÚVEME en San Sebastián un par de días para arreglar en la Sucursal del Banco de España una cuenta corriente á nombre de Paulino Vanloo, á fin de que pudiese sacar Boy el dinero que necesitase, y volvíme presuroso á Madrid, ansiando encontrar en casa de Crespo, como habíamos convenido, cartas de mi tía la Condesa de Astures.

Encontrélas, en efecto, y bien consoladoras por cierto; porque la tormenta horrible que se cernía sobre Boy, comenzaba á deshacerse por sí sola, con la misma rapidez con que se había formado, no en relámpagos, rayos ni truenos, sino en copiosa y benéfica lluvia de luz y de verdad que dejaba más purificada la atmósfera y más beneficiado el campo.